

Pascua del enfermo 2009

Con el lema “*Cuidar de los débiles es amar a Jesús*”, se iniciaba este año la Campaña del Enfermo el 11 de febrero. Unos días antes, el Santo Padre Benedicto XVI daba por inaugurada la misma, dirigiéndose a las gentes con un mensaje en el que hacía suya dicha frase. Con ella, no sólo estaba refiriéndose a quienes sufren el dolor físico o anímico de la enfermedad, también lo estaba haciendo por los que potencialmente pueden sufrir ambos ante la negligencia o injusticia de buena parte del género humano.

Vivimos momentos en los que impera únicamente el beneficio de unos pocos a costa del sufrimiento de muchos, y en esta magnitud quedan, desgraciadamente incluidos, los más pobres de la tierra, y entre ellos, quienes corren peor suerte: los niños. Niños que, según palabras del Papa, e independientemente de los problemas derivados de la enfermedad, del hambre, de las condiciones higiénicas o de la asistencia sanitaria, “...*están heridos en el cuerpo y en el alma por los conflictos y las guerras..., niños de la calle privados del calor de una familia y abandonados a sí mismos..., menores profanados por gente abyecta que viola la inocencia, provocando en ellos una herida psicológica que los marcará por el resto de su vida...*” Al tratar estos temas, los que sufrimos algún tipo de discapacidad, no podemos por menos que recordar el inmenso camino que aún les queda por recorrer a estas criaturas para poder atravesar la barrera que separa la infantil ilusión de la realidad cotidiana. Pero es entonces cuando se hace presente también el rostro compasivo y amoroso de Dios sirviéndose de “buenos samaritanos” y “cireneos” para hacer más gloriosa que nunca la resurrección de su Hijo.

Culmina en nuestro país esta Campaña con su celebración en el sexto domingo de Pascua. Su lema: “*Crear, celebrar y vivir la Eucaristía*”. Con este motivo el departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal, hace públicas algunas orientaciones al respecto, identificando al enfermo como parte vital en la celebración de este Sacramento, toda vez que aquel es testigo privilegiado del amor que de ella se deriva, encontrando en la Eucaristía la fuerza espiritual necesaria para llevar la cruz y valorar el sufrimiento como escuela de santidad y aportación salvífica. Por otra parte, por medio de la Eucaristía la comunidad cristiana perpetúa el sacrificio de la cruz y el memorial de la muerte y resurrección del Señor, siendo los seres sufrientes los más próximos a la dimensión pasional de Cristo. Tal es la importancia que de ello se desprende que los últimos Papas han querido reforzar la presencia del enfermo y discapacitado en la comunidad eclesial procurando que, además de poder recibir la Comunión, sean también partícipes en la celebración en su lugar de culto, haciendo todo lo posible para que los templos carezcan de obstáculos arquitectónicos que impidan el acceso a los mismos.

La Frater, además de dar la importancia que tiene al Sacramento de la Comunión por las razones expuestas, se retrotrae al instante mismo de su instauración y ve en esa Última Cena el ejemplo de amor gratuito más grande jamás compartido. Jesús se postra ante los suyos indicando humildad y sumisión aun siendo el Hijo de Dios; lava y cura las heridas de la vida simbolizadas en los pies de sus amigos; y se entrega a ellos en alimentos sencillos como el pan y el vino, fáciles de conseguir y compartir. Cuando nuestro fundador, el P. Façois, ve en los enfermos a los evangelizadores de ellos mismos, les reúne previamente, como grupo de amigos, allá, en 1945, en el santuario mariano de Benoite-Vaux (Francia), para compartir el Cuerpo de Cristo..., para que fuesen ellos los primeros servidores viviendo y comprendiendo lo que otros vivían..., para que se diesen a los demás tal y como Jesús lo hizo: a cambio de nada, sólo por amor. Así nace la Fraternidad y de esa única fuente bebe. Por ello, quienes conocen el actuar de nuestro Movimiento saben muy bien la importancia que damos a la celebración de la Eucaristía, y cómo participamos todos los fraternos de ella; es más, nos atrevemos a decir que encontramos en la Eucaristía el sentido de nuestra enfermedad, no como aceptación resignada de un mal medidor del sufrimiento que nos acerca al Cristo de la cruz, sino como la fuerza amorosa que nos hace ser copartícipes con el Jesús resucitado en su obra redentora.

Así pues, los que ahora leéis esto y compartís estas reflexiones, pensad que más allá de un cuerpo deforme o con dificultad para expresarse o caminar, hay un ser humano, reflejo, a su vez, de un Dios-Amor, que desea comunicar a otros hermanos semejantes su experiencia de vida. Una experiencia que empieza por dar un sentido positivo a la enfermedad, pues a través de ella conoce al Jesús cercano que le invita, sin dolorismo, a poner sus cualidades al servicio de los demás.